

**Lothar Frenz**

**El libro de los  
animales misteriosos**

Prólogo de Jane Goodall

Traducción del alemán de Rosa Pilar Blanco

Ilustraciones de Carlos Velázquez

 Siruela

Las Tres Edades / Nos Gusta Saber

# Índice

## **Prólogo**

Jane Goodall 9

1. ¡Y sin embargo viven! 15
2. Un monstruo se hace realidad 25
3. El misterio del cíclope 43
4. El tenkile y el dingiso 57
5. Bigfoot no puede morir 71
6. Veinte mil libras de recompensa por un papagayo 87
7. El redescubrimiento de los lagartos gigantes 97
8. El otro orang 105
9. La bestia del zoo de Moctezuma 119
10. Serpientes marinas y fanfarronadas 129
11. Avistados dinos con plumas 139
12. La bestia apestosa del Amazonas 155
13. Sapos del Balneario 6 165
14. Una luna de miel con sorpresa 175
15. Buscando tigres desesperadamente 187
16. Enigmáticos monos boticarios de la selva virgen 199
17. El asunto del monstruo de Florida 213
18. Fiebre de descubrimientos en Indochina 225
19. No estamos solos 237
20. La lista del siglo 251

**Agradecimientos** 259

**Créditos de las imágenes** 260

# Prólogo

Imaginar seres desconocidos para la ciencia, que viven ocultos en bosques, montañas, pantanos o en las profundidades marinas, me ha fascinado desde mi infancia. Cómo añoraba encontrar algún día yo misma en una expedición a tierras remotas un animal que hasta aquel momento solo fuera conocido por la población nativa. Desde entonces, y me estoy remontando a la década de los cincuenta del siglo pasado, se han «descubierto», capturado y descrito numerosos animales «nuevos», haciéndolos de este modo «realidad». Lo que antaño fueron leyendas hoy son hechos científicos.

Muchos creen que en el mundo actual ya no caben más descubrimientos, salvo entre las miríadas de insectos y otros seres vivos inferiores. En los bosques del parque nacional de Gombe, donde mi equipo y yo hemos investigado a los chimpancés a lo largo de los últimos cuarenta años, me he topado ciertamente con innumerables escarabajos, moscas y otros insectos desconocidos para la ciencia. Recuerdo una mosca diminuta, de extraordinaria belleza, que se posó en mi mano mientras estaba tranquilamente sentada debajo de un corpulento árbol. Durante un instante me asaltó la tentación de atraparla y mandársela a un entomólogo: si la mosca era desconocida para la ciencia, ¿no podría tal vez recibir mi nombre? Pero ella pertenecía al bosque. La seguí con la vista mientras se alejaba volando y le deseé mucha felicidad en su corta vida. Hoy en día, sin embargo, destruimos hábitats naturales con tanta desconsideración y rapidez que cientos de especies zoológicas de invertebrados son exterminadas antes de ser identificadas o vistas por cualquiera.

Pero ¿qué sucede con los seres vivos de mayor tamaño? Este libro describe animales fascinantes «descubiertos» en años pasa-

dos. Y eso que parece imposible que hoy —en la era de la información— puedan efectuarse aún grandes descubrimientos. ¿O sí? ¿Qué ocurre con el yeti del Himalaya, el sasquatch de Norteamérica, los hombres salvajes y otros homínidos como los que se avistaron en algunas regiones de la antigua Unión Soviética? Los informes sobre estos seres ejercen una increíble fascinación sobre mí. Conozco tres personas que han vivido experiencias con esas criaturas. En *The Lost Camels of Tartary*, John Hare describe la excitación de su chófer chino cuando afirmaba que acababa de ver a un hombre salvaje cruzando la carretera. El chófer estaba tan alterado que John registró ese momento en vídeo, a pesar de que no entendía las palabras del conductor. Esto sucedió en medio del desierto de Lop-Nur, donde John seguía el rastro de camellos salvajes. Como anteriormente a John no le habían interesado un ápice los hombres salvajes, el conductor tampoco tenía motivo alguno para inventarse un encuentro semejante. Robert Pyle, el autor de *Where Bigfoot Walks*, me contó que una noche, mientras seguía el rastro de un bigfoot, escuchó extraños gritos. Al mismo tiempo apedrearon su coche, pero él no se atrevió a bajar. Y Águila Moteada, un indio de Oregón de trece años de edad, se topó con un sasquatch mientras estaba solo en el bosque. Durante un instante ambos se miraron fijamente; luego, el chico escapó a la carrera. Cuando le pregunté si no podía haber sido un oso, se echó a reír: ¡cómo podía hacer una pregunta tan tonta! De hecho para muchos de mis amigos indios que se han criado en las zonas boscosas y montañosas de Norteamérica, la existencia del sasquatch no deja lugar a dudas, solo que en la actualidad se ha vuelto mucho más huidizo.

Como soy una romántica incorregible, creo que esos homínidos podrían haber sobrevivido en regiones remotas. Me encanta leer todos los libros e informes que se publican sobre el particular y que me remiten mis amigos. Y no soy la única. Nosotros no queremos vivir en un mundo en el que ya no existen secretos ni nada desconocido que nos desafíe. Seguro que este es uno de los motivos por los que a los humanos nos fascina tanto la exploración del universo y ansiamos tener noticias de vida en otros planetas. No

pocas personas están incluso convencidas de que los extraterrestres nos visitan con regularidad.

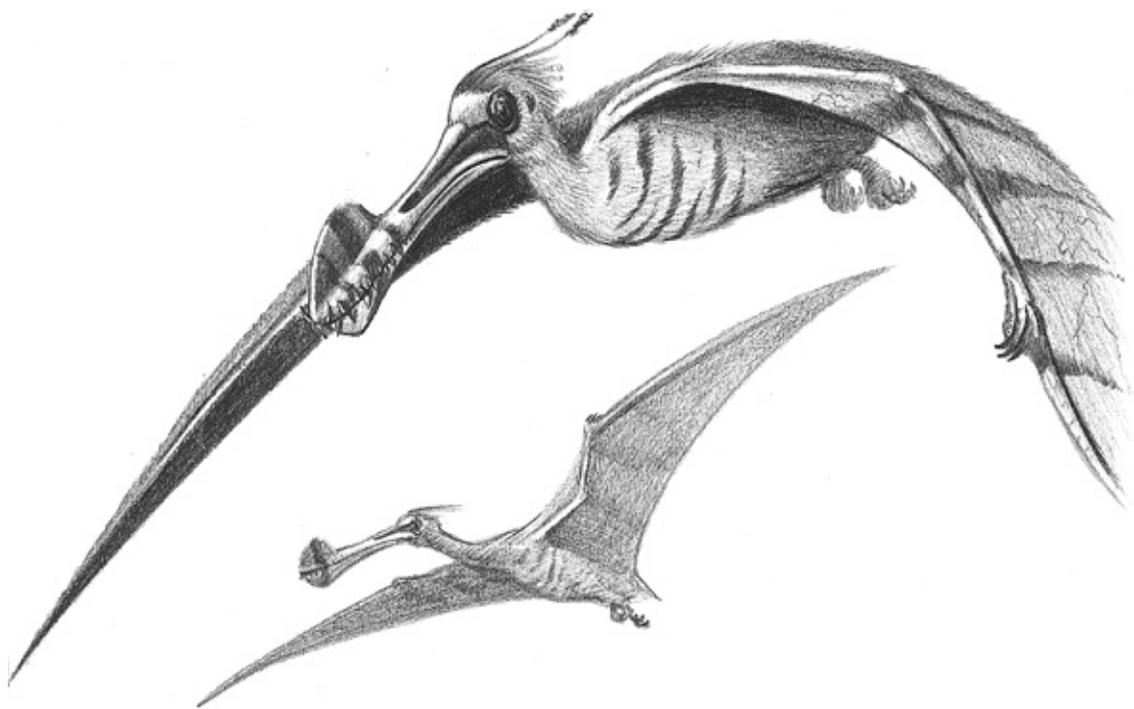
Sin embargo, creo que ni por asomo hemos desvelado todos los secretos del planeta Tierra y, en consecuencia, los años venideros nos depararán alguna que otra sorpresa. Todavía existen regiones casi inaccesibles en las que los animales más diversos pueden vivir tranquilamente ocultos para la ciencia. Y mientras haya relatos sobre seres extraños, desconocidos, en regiones despobladas, también habrá personas audaces que se lancen a la aventura de descubrirlos.

Este libro recoge descubrimientos espectaculares, pero también esos hallazgos pequeños menos esplendorosos. Con su objetiva exposición, Lothar Frenz consigue transmitir respeto por la criptozoología, un ámbito de los afanes humanos que ha sido malinterpretado con excesiva frecuencia. Este libro animará a una nueva generación de zoólogos a mantener la mente abierta y los estimulará a trasladarse fuera, al mundo real, y a explorarlo, trascendiendo los límites de la realidad «virtual» de las pantallas de sus ordenadores. Este es justo el tipo de estímulo que, a punto de alborear el nuevo siglo, el nuevo milenio, necesitamos tan imperiosamente.

**Jane Goodall**

enero 2000

Para Ella, Jost, Jasper y Jakob



¿Ciencia o ficción: han sobrevivido los pterosaurios?

# 1

## ¡Y sin embargo viven!

«Pero nos dedicamos a seguir soñando a contracorriente, y nuestros sueños se desvanecen casi con la misma rapidez con la que los evocamos».

John Irving, *El hotel New Hampshire*

Debido a sus abstrusas teorías, todo el mundo se había burlado del científico que buscaba con ahínco «un eslabón entre los dinosaurios y los mamíferos». Sus adversarios científicos lo denigraron y difundieron que ese tipo de animal había «surgido de la fantasía calenturienta de un catedrático digno de lástima». Al final, el acoso llegó tan lejos que el científico, agotado, emigró y se retiró con sus ayudantes a una isla remota para poder investigar al fin sin ser molestado. Allí el catedrático Habakuk Tibatong encontró al animal que creía extinguido desde hacía millones de años: era Urmel.

Algo parecido le sucedió a otro erudito: el catedrático Challenger informó a la Real Sociedad Zoológica británica que en una expedición a las montañas sudamericanas más remotas había descubierto pterodáctilos —pterosaurios supervivientes—. Pero esos eminentes caballeros se negaron a creerle, pues aquello se les antojaba sencillamente imposible. Entonces Challenger mandó traer un enorme cajón, lo abrió... y uno de los pterosaurios de tiempos inmemoriales se elevó en el aire con sus tres metros de envergadura y huyó por una ventana abierta.

El bebé dinosaurio Urmel del libro infantil de Max Kruse *Urmel aus dem Eis*, conocida estrella del teatro de marionetas de la Augsburger Puppenkiste, y las criaturas de *El mundo perdido*, la novela de aven-

turas de sir Arthur Conan Doyle, redescubiertas aunque se las creía extinguidas, han atraído y fascinado, no sin razón, a generaciones de lectores: son mensajeros imaginarios de un mundo en el que aún acontecen los milagros, en el que se hace realidad lo imposible porque alguien cree firmemente en ello. Pero ¿de verdad esos milagros son puramente imaginarios?

Hoy el mundo parece descifrado. Los satélites examinan cada metro cuadrado de la Tierra, los submarinos se sumergen hasta las simas más profundas del océano, los mares del mundo son medidos con radares y sonar. Los misterios que quedan están «en algún lugar, ahí fuera», en el universo, que aún no podemos visitar. El tiempo de las grandes sorpresas en el reino animal parece cosa del pasado. ¿Dónde se puede hollar todavía una tierra virgen desde el punto de vista zoológico?

En 1819, el famoso naturalista francés Georges Cuvier declaró: «Hay pocas esperanzas de que en el futuro descubramos importantes especies de mamíferos nuevas». Pero el fundador de la moderna paleontología y anatomía comparada se equivocó: solo en vida de Cuvier se descubrieron animales tan grandes y sensacionales como el rinoceronte blanco y el tapir de la India, el tití y el koala, el ornitorrinco y el equidna. Más tarde siguieron el okapi y el jabalí gigante de la selva, el gorila de montaña y el pavo real del Congo, el dragón de Komodo y el celacanto, un pez de la época de los dinosaurios que se creía extinguido desde hace 65 millones de años. La época de la admiración y el asombro todavía no ha transcurrido ni mucho menos. Es más, la mayoría de los descubrimientos siguen pendientes, aunque sean de menor alcance. Hasta hoy la ciencia ha descrito alrededor de 1.750.000 especies animales y vegetales, más de la mitad de las cuales son insectos. No obstante, algunos científicos dan por sentado que podrían existir 15 o incluso 30 millones de especies desconocidas de esos animales hormigueantes de seis patas.

La Taxonomía aún no se ha detenido. Los investigadores descubren continuamente nuevas especies, y no solo insectos, sino animales realmente grandes, espectaculares. Así, por ejemplo, solo en

los últimos años se han descubierto varios monos y cetáceos, el tiburón boquiancho y otro celacántido más. Vietnam se ha convertido en un auténtico «vivero» de nuevas especies: allí se han descubierto recientemente varios ungulados desconocidos por completo hasta la fecha, y no cabe descartar nuevas sorpresas.

La mayoría de estas «nuevas» especies demuestran que también los animales grandes permanecen ocultos durante largo tiempo, a pesar de ser conocidos de sobra por la población nativa. Sin embargo, ¿qué científico «serio» presta oídos a los cuentos de los nativos? ¿O a las historias de dragones gigantes, como las que referían reiteradamente los pescadores y buscadores de perlas de las islas orientales de la Sonda a comienzos del siglo XX? Allí, en algunas pequeñas islas, relataban, vivían monstruos que ellos denominaban *boeaja darat* (cocodrilo terrestre) y que perseguían a los cerdos, a los ciervos y a las personas. John Speke, el descubridor de las fuentes del Nilo, también escuchó en el año 1860 de labios de Rumanika, el rey de Ruanda, historias espeluznantes e increíbles: el monarca hablaba de monos gigantes y monstruosos que habitaban en las montañas Virunga, raptaban a las mujeres de los nativos y, llevados por su excitación lúbrica, las magullaban hasta la muerte.



Un «dragón» de carne y hueso:  
el varano de Komodo.

Tras todos y cada uno de estos informes se escondía una nueva especie animal: el primer «cocodrilo terrestre» llegó en 1912 a los dominios de la ciencia y se lo denominó *dragón de Komodo*. En 1901 el belga Oscar von Beringe demostró la existencia del «mono monstruoso» tras disparar a algunos ejemplares. Hoy los «monstruos raptos de mujeres» reciben un sobrenombre diferente, concretamente el de *gigantes apacibles*, los gorilas de montaña. A lo largo de la historia de la zoología, los monstruos que provocaban horror y las bestias peligrosas han resultado ser especies mal conocidas que, debido a las interpretaciones erróneas, el escaso conocimiento y las exageraciones deliberadas, fueron deformadas hasta convertirlas en criaturas horribles y misteriosas.

Estos hallazgos alientan la esperanza de todos aquellos que sueñan con especies animales que, según la opinión zoológica imperante, ya no existen. Esas especies, opinan, disponían de suficientes refugios, pues lo que sucede realmente bajo el techo de hojas de las selvas tropicales o en las profundidades oceánicas sigue permaneciendo hoy oculto en su mayor parte incluso a las más modernas técnicas de rastreo.

El zoólogo belga Bernard Heuvelmans ha confeccionado una lista sistemática<sup>1</sup> con los indicios de más de cien de esas especies animales que parecen fabulosas y fantásticas, pero que en cualquier caso son desconocidas o al menos discutidas: indicios de hombres mono de todas las regiones del mundo —desde el orang-pendek de Sumatra, el yeti del Himalaya, el *almas* del Cáucaso hasta el bigfoot norteamericano—; de animales exterminados de tiempos históricos, como la vaca marina de Steller, los moas o el lobo tilacino; de especies prehistóricas, dinosaurios, mamuts o perezosos gigantes supervivientes; de especies por entero desconocidas, como el bunyip australiano o el oso nandi de Kenia.

Heuvelmans se convirtió así en el «padre de la criptozoología» o ciencia de los animales ocultos. Los criptozoólogos se toman en

<sup>1</sup> Se refiere a la Sistemática, ciencia de la clasificación de las especies y, también, la clasificación en sí misma. (N. de la T.)

serio las leyendas y relatos sobre criaturas misteriosas, recogen huellas, huesos, pieles, excrementos, dientes y restos similares, con la esperanza de poder demostrar algún día la existencia de estos «seres que casi no existen». En su opinión, las narraciones de los indígenas y los testimonios oculares proporcionan valiosos datos sobre las criaturas escondidas hasta ahora.

Los criptozoólogos también se ocupan de Nessie, ese monstruo de las Tierras Altas escocesas que vive en el agua. Algunos opinan que la criatura del lago Ness es un plesiosaurio superviviente desde tiempos inmemoriales. Pero ¿cómo podría vivir y encontrar alimento suficiente en un lago de apenas 40 kilómetros de longitud toda una población de saurios acuáticos, pues un único ejemplar difícilmente habría resistido millones de años? Parece como si las peculiares ondulaciones en el lago Ness simulasen una y otra vez desde hace siglos la existencia de esos seres monstruosos —así lo postula al menos otra explicación del fenómeno «Nessie».

Los seres humanos siempre han visto cosas inquietantes y desconocidas, y siempre han intentado interpretar esos fenómenos con ayuda de su experiencia y de sus mitos —unos intentos de explicación que dejan traslucir asimismo el espíritu de la época correspondiente—. Si antes se veían dragones, dragones sin alas o gusanos con patas, hoy se avistan —con claridad meridiana— dinosaurios supervivientes. Si durante los siglos pasados eran faunos, sátiros, duendes o niños lobo los que habitaban los bosques y regiones montañosas remotas, hoy se tiende más bien a pensar que son hombres primitivos. Y donde las personas veían antaño ángeles o santos en los fenómenos luminosos misteriosos, el moderno *Homo sapiens* ve «hombrecillos verdes», extraterrestres u ovis.

Sin embargo, en opinión del escalador y aventurero Reinhold Messner, tras el misterioso yeti se esconde realmente un animal: el oso del Tíbet, que se convirtió para los nativos en modelo de un ser fabuloso, en una leyenda que juega un papel especial en los cultos de los pueblos del Himalaya. Pero solo en las mentes de Occidente se convirtió el yeti definitivamente en mito: en el «abominable hombre de las nieves», que varias expediciones han buscado en vano.

Así pues, hasta los exploradores exentos de prejuicios se dejan embaucar y creen de buen grado las historias que cuentan los nativos. Comprensible, pues ¿cómo reaccionarían esos viajeros si llegaran por vez primera a las montañas de Baviera y los «nativos» de allí les hablasen de ese extraño ser parecido a una liebre con colmillos y cornamenta de ciervo? En las tertulias nocturnas en el pueblo, los cazadores referirían con absoluta seriedad sus encuentros en los bosques —y presentarían incluso ejemplares disecados de esa criatura, que sin embargo parecen un puzle chapucero hecho con trozos de liebres, ciervos y jabalíes.

El explorador libre de prejuicios conoce sucesos parecidos por la historia de la zoología; en el siglo XVIII se presentó a los científicos por primera vez un extraño pellejo: un animal con la piel suave y sedosa de una nutria, el rabo aplanado de un castor y el pico de un pato. Los investigadores serios consideraron el conjunto un ad-fesio obra de artistas del *collage* de Asia oriental, que con bastante frecuencia creaban «monstruos» uniendo trozos que no casaban. Y sin embargo ese animal existe realmente: es el ornitorrinco, uno de los mamíferos más curiosos y además ovíparo. Los conocedores de esta historia juzgarán al menos posible que también pueda



¿Pueden existir animales así? Los científicos del siglo XVIII dudaban de la existencia del ornitorrinco.

existir el wolpertinger, la liebre con cornamenta, y que detrás haya algo más que un animal fabuloso de broma de Baviera.

Por tanto, ¿qué se puede creer y qué no? Los relatos sobre especies fabulosas, ¿son siempre patrañas? ¿Son los criptozoólogos personas que, incapaces de afrontar la realidad, prefieren abandonarse a las fantasías? ¿Los miembros de la International Society of Cryptozoologie (ISC), creada en 1982, son unos meros visionarios, «locos» o creyentes en los ovnis? Las cosas no son tan sencillas.

La criptozoología no encaja en el sistema de las ciencias naturales. Sus fuentes suelen ser antiguas tradiciones; numerosas suposiciones e interpretaciones se basan más en la intuición que en pruebas palpables. Precisamente Alemania muestra mayor escepticismo que otros países hacia el ilustre grupo de los criptozoólogos: de los aproximadamente ochocientos miembros de la ISC, solo veinte son alemanes. En los países anglosajones, por el contrario, científicos de renombre y naturalistas tienen menos miedo al contacto: Jane Goodall, la famosa investigadora de chimpancés de talla mundial, es miembro de la Sociedad de Criptozoología. Científicos de la Smithsonian Institution de Washington D. C., uno de los centros de investigación más respetados de la Tierra, se declaran también miembros de la ISC, como, por ejemplo, Clyde Roper, que con un batiscafo siguió en la zona batial el rastro del misterioso pulpo gigante, un molusco gigantesco que al parecer mide 20 metros o más y vive a más de 1.000 metros de profundidad. Marjorie Courtenay-Latimer, que encontró el primer celacanto, es miembro de honor. Y Phillip Tobias, uno de los paleoantropólogos más importantes del mundo, perteneció hasta su jubilación incluso a la cúpula directiva de la sociedad. La criptozoología, dijo Tobias en cierta ocasión, plantea cuestiones interesantes desde el punto de vista científico e intelectual que no se pueden soslayar. Por esa razón apoyó a la Sociedad, aunque algunos colegas más conservadores quizá frunciesen el ceño.

Porque la ciencia, en definitiva, no solo posee la capacidad de extrapolar un modelo de pensamiento de un fenómeno conocido a otro desconocido, sino también la disposición a afrontar el

más profundo desconcierto con mente abierta cuando el mundo se niega a adaptarse al propio sistema, a los modelos de explicación acostumbrados. En definitiva, es la confusión, la sorpresa, la que propicia el verdadero progreso del conocimiento.

«¡Y sin embargo se mueve!», exclamó Galileo Galilei cuando se enfrentó a los guardianes de la cosmovisión de su época y declaró que la Tierra gira alrededor del Sol y no al revés. «¡Y sin embargo viven!», parecen exclamar algunos criptozoólogos casi como el enano saltarín, cuando se enfrentan, a su manera, a la opinión dominante e intentan hallar interpretaciones para fenómenos que ningún científico ha logrado explicar hasta la fecha; cuando a partir de diminutos indicios construyen un caso y ven «cosas detrás de las cosas» —a veces incluso hasta el extremo de negar obstinadamente la realidad—. En este ámbito las etapas de transición son fluidas, la criptozoología es una gama de grises, y eso es lo que la hace tan emocionante.

«Eso es típico de nuestra disciplina», afirma Richard Greenwell, que dirige en Tucson, en el estado federal norteamericano de Arizona, los asuntos de la ISC. «*The mystery continues*, muchas historias no encuentran final». Pero eso, en realidad, no debería sorprender a nadie. «Porque si los animales crípticos no fueran tan tímidos y difíciles de encontrar, si no vivieran en regiones tan remotas e inexploradas, hace mucho que habrían sido descubiertos». A este punto de vista apenas cabe aducir objeciones.

De manera que este mundo también encierra enigmas y descubrimientos asombrosos. Científicos que no se consideran en absoluto criptozoólogos hallan nuevas especies espectaculares; otros buscan en vano animales ocultos, misteriosos. La criptozoología es rica en historias de personas que se niegan a conformarse con lo que en apariencia es imposible, a aceptar que las fantasías de sus sueños infantiles tengan límites fijos. Pero también abunda en aventuras reales, vividas por realistas y románticos, por descubridores fortuitos y por buscadores tenaces que dan con hallazgos felices o fracasan sin perder la esperanza. «Al menos lo he intentado», afirmó Richard Greenwell.

Al mismo tiempo la investigación de nuevas especies nos suministra nuevos datos sobre las épocas primitivas de la Tierra, la formación y la deriva de los continentes, el origen de las especies, su extinción y la necesidad de proteger la naturaleza, sobre la riqueza de la naturaleza y sobre la «biodiversidad», esa expresión tan de moda hoy.

Dicho de otra manera: quien sigue la pista de animales misteriosos, desconocidos, experimenta la ciencia y los cuentos modernos al mismo tiempo y satisface el irresistible afán del ser humano por las historias.

*The mystery continues.*